

ESTHER ZARRALUKI

Abres la puerta
como si atrás quedara un accidente.
La calle está en orden. La bondad de las acacias
cae desde lo alto y deja las aceras sembradas.
Mujeres limpian pescado y ríen
enseñándote su presa
-Mira, aún vive.
Vas donde ellas explican las mañanas,
el paso rápido, la conjura de los dientes,
gotas de leche en el embozo.
-Acércate, aún vive.
Una canción bucea el aire
desde la esquina que ocupa el muchacho
atento:
hielo liso
un paraíso
para el que bien sabe bailar.
Tintinean las monedas,
el peso tiñe el cuello de las camisas,
roce de rodillas, un paseo
hacia la noche.
Y en la esquina una estudiante sonrío
y el muchacho se pregunta si
pondrá los labios donde pide.
El agua ya encharca el suelo.
Un canturreo barre la calle.
Las sámaras buscan un trozo de tierra
y niños las devuelven al aire, arriba, arriba.

(Cobalto)

Entre los dos planos:
las cosas que acaricio
y que brillan en mis dedos,
sin necesidad de que nada las cubra
y aquello que intuyo, un centro
difícil de decir y que huye
de la metáfora, aparece
el otro. Me enseña
sus yemas y el contagio
de lo que toca, algo que no sabe
y que le lleva al silencio
cuando me mira.
Nos acariciamos
como si la carne fuera
el punto exacto
entre lo que escapa.

(Cobalto)

BIENES

La culpa
atesora mis bienes
manos huesudas los guardan
en escotes sin leche
sin piel dulce.
Saco mis ahorros uno
a uno
para dártelos
a ti. La culpa duerme.

(Dónde)

**Base de coure,
xapa de ferro i boles**

Ten cuidado de la belleza, resguárdala, como un vigía a los que duermen. Entre sus cabellos, en las brasas, en los restos de la cena. En la lejanía y en la piel de los párpados, en la noche que vencen. En el callejón hacia el mercado vacío, sangre y escamas en el suelo, olor a lana y a nido. Como en lo profundo del bosque, donde no hay ni culpa ni vergüenza. Guarda la moneda de ese país extranjero.

(Peces que duermen)

**Coure cremat amb àcid
barra de ferro i volum de plom**

Aquí, una mañana apacible.
Tenemos que cumplir con el verano, nos esperan,
y el aire parece inocente:
inmóvil sobre las hojas
sostiene las moscas y las voces.
Calor en las piedras. Si pones la mano, queman.
Y quema el aire no muy lejos,
donde el hierro se hunde en la carne
y el ácido corre sobre el cobre de los sueños,
sobre casas, barcas, labios,
hasta entrar en los ojos y dejar
un surco en ellos para siempre.
El aire mece las ramas,
libera el hueso,
seca la tierra y los pechos.
El aire labra en tus ojos
y siembra la verdad
que reconoces en las piedras.
Acerca las manos. No las apartes.

(Peces que duermen)

Se acerca. Quiere
abrazarme ya.
Yo quiero ver cómo se acerca,
así que le detengo
dulcemente:
espera, espera,
deja que mire primero
las cosas que nos rodean,
la noche fuera y este sumarse todo
en la habitación,
fondo de mar,
pantano donde yacen
animales muertos
y crías que ven la luz y gritan.
Porque está todo aquí,
en mi cuerpo,
todo lo que tocaron mis manos
y lo que vi y pensé, su incendio.
Y también la ciruela que come una muchacha,
sus pendientes y su alegría,
la mujer que bebe y la que duerme,
la que vio marchar a su amante y la que ahora,
en este instante, se pregunta qué hace aquí,
allí, en su propio pantano. Subo a un camión repleto
en un país en guerra. Perdí a mi hijo. Soy
anciana y niña, me afano por llegar
y olvido las llaves. Busco un lugar donde sentarme.
Tuve dos hijos, siete, no he sido madre.
Y todas callan ahora,
mientras veo cómo te acercas.

(Cerca)

Álbum de poetas

Fomento a la lectura a través de poetas contemporáneas

